

¿Quién dijo que lo antiguo no vale?

La lectura de los clásicos en los tiempos convulsos y modernos

Por: Mateo Guayasamín
(matguaya@gmail.com)

Ítalo Calvino ¿Por qué leer los clásicos?

En el aprendizaje y en la enseñanza de Literatura es muy común escuchar a los estudiantes frases tan escuetas como: “no me gusta leer, me aburre este libro, no entiendo nada.” Es en ese momento cuando ellos y ellas están negándose automáticamente a participar en el proceso que en Literatura se conoce como “deleite estético” o en otras palabras, disfrutar de una obra literaria.

Ahora bien, si los estudiantes repiten fervorosamente aquellas frases tan avasallantes, es posible que el emisor o el transmisor del contenido carezca de una adecuada metodología que incentive a los jóvenes sobre la importancia de los textos, y para ello basta considerar que las nuevas tecnologías suelen ser muy buenas aliadas; pero la mejor herramienta es sin duda la convicción del docente.

En la era digital, la imagen está sobrevalorada y la palabra tan maltratada, que es necesario volver a producir sentidos a través de las imágenes literarias. Recordemos cuando nos leían cuentos o cuando nos contaban historias de países lejanos, quedábamos simplemente fascinados y atrapados con la voz del relator. Los libros venían en pastas gruesas y caracteres sumamente pequeños, pero eso no nos molestaba; y los guardábamos como tesoros.

*“Empecemos proponiendo algunas definiciones: Los clásicos son esos libros de los cuales se suele oír decir: ‘Estoy relelando’.. y nunca ‘Estoy leyendo’..”
(Calvino, 1992, p.8).*



No se trata ahora de desdeñar las nuevas tecnologías cuando hoy, el uso de los computadores y particularmente el Internet, es parte de la vida cotidiana. Se trata más bien de potencializar la lectura y la escritura con herramientas que todos disfrutamos, como los foros, los chats, los blogs, los videos. Por ejemplo, una vez a un profesor se le ocurrió como tarea para sus pupilos, escribir en “idioma ciber” los hechos principales de una aventura de Odiseo. Más que discutir sobre la ausencia de puntuación, acen-

tos y abreviatura de las palabras, los estudiantes incorporaron a su experiencia cotidiana un texto que data del siglo VIII a.C.

Es bastante seguro, por otro lado, que textos como La Odisea, El Quijote, Cien años de soledad, Pedro Páramo, La divina comedia, La metamorfosis, Las mil y una noches, Hamlet y Romeo y Julieta, etc. llegan a distorsionarse cuando su lectura se vuelve obligatoria, es cuantificada por los “instrumentos de evaluación”, y forman parte de un programa que pretende transmitir más racionalidad y menos sensibilidad.

Es por eso que estamos cada vez más alejados de la lectura y desconfiamos de ella como medio de escape, de encuentro con nosotros mismos, de cuestionamiento con el mundo, de entretenimiento, sorpresa, amor y descubrimiento. Vargas Llosa apunta con cierto lamento que en la actualidad las Facultades de Letras lucen ahora vacías y desiertas, cuando, en la antigua Grecia, los poetas y los estudiantes de Letras pertenecían a las clases más aristócratas de la sociedad.

Y los textos en cuyas portadas llevan la marca de “juvenil” (como para estimular la lectura en los estudiantes de secundaria), no son más que lecturas rápidas, fáciles de digerir, divertidas en cierta medida, legibles. Así que el docente que se empeña con textos de 300 años o más, El Quijote por ejemplo, debe

disponer también de un ritmo pausado durante sus clases, debe saber jugar con el texto, el diccionario y las palabras en desuso; debe modernizarlo, teatralizarlo, ilustrarlo, “googlearlo” y transformarlo para que sus estudiantes estimen el libro y no juzguen al profesor. Debe revivirlo constantemente.

La relectura de los libros clásicos es siempre una oportunidad para reflexionar sobre el mundo en que vivimos, las personas que nos rodean, sobre lo que hacemos con nuestras acciones, palabras y decisiones; son testigos de la (in) evolución de nuestro mundo. Quizás no llegamos a comprenderlos del todo y quizás no consten con los efectos visuales y de sonido de una buena película de ahora, pero enriquecen nuestra memoria y pueden desatar en nosotros, los lectores, dichas y desdichas que forman parte de nuestra humanidad.

Uno de los escritores italianos más importantes del siglo XX, Italo Calvino, nos da una buena solución al aburrimiento provocado por este tipo de lec-

turas: “Para poder leer los libros clásicos hay que establecer desde dónde se los lee. De lo contrario, tanto el libro como el lector se pierden en una nube intemporal” (Calvino, 1992, p.12). Es ahí cuando entra el docente, el didacta literario, con toda su experiencia y conocimiento, pero más con su sensibilidad, y se convierte en guía y en transmisor de los símbolos y los sentidos provenientes de la lectura, no de conocimiento.

Pensemos que leer los libros clásicos es entrar también en contradicción con el sistema que nos obliga la vida, con su lema de producción, eficacia y rapidez. Su peligrosidad radica en que quizás su lectura nos cause reflexión. Y si aún alguien pregunta si los clásicos sirven para algo, les dejo esta anécdota recordada por el mismo Calvino:

“Mientras le preparaban la cicuta, Sócrates aprendía una pieza musical para flauta. «¿De qué te va a servir?», le preguntaron. «Para saberla antes de morir» (Calvino, 1992, p.14). Pasa lo mismo con un texto clásico.



Referencias:

Calvino, I. (1992). *Por qué leer los clásicos*. México: Tusquets

